

Terminal

Brian Keene

Traducción:

María Jesús Sandín Sáinz-Ezquerro



Dedicado a Geoff Cooper, Michael T. Huyck Jr.
y Michael Oliveri.
Somos *ka-tet*. Todos para uno y uno para todos...

Agradecimientos

Gracias a Cassandra; a Sam, que llegó en el momento adecuado; a Anne Groell, por el *sushi* francés; a Josh Pasternak; a Rich SanFilippo, por el murciélago y las baladas sobre asesinatos; a Ed Gorman; a Larry Roberts; a Alan M. Clark; a Duane Swierczynski, mi socio en el crimen; a Cullen Bunn; a Juid Rohrig; al oficial Tom O'Brien (que no tiene nada que ver con el personaje principal de esta novela); a Maria Cotto, por las lecciones que me dio sobre decir tacos; a Carl, por su ayuda en el tema de las drogas; a Matt Warner (dame 1.000); a Gina Mitchell; a Mark Lancaster, por ser de nuevo mis ojos y oídos; a Adam Pepper, que leyó el borrador de la novela; a John Urbancik, por leer esto durante el carnaval en lugar de ir al cielo tras responder tres preguntas fáciles; y por último, no podía dejar de mencionar al sabio de la forja, Robert Fitro, cuya sabiduría no ha sido olvidada.

Nota del autor: aunque Hanover, York y muchas de las localizaciones de esta novela son reales, me he tomado la libertad de añadir detalles ficticios. Si vives allí, no busques el banco. No lo encontrarás.

Para muchos hombres la vida es un fracaso,
un gusano venenoso que les roe el corazón.
Dejémosles ver entonces
que su muerte es un éxito aún mayor.
—Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Regocijaos, jóvenes, en vuestra juventud,
pero sabed que Dios os juzgará.
—Eclesiastés II, 9

¡Voy a matar a ese hijo de puta!
—‘Cara de niño’ Nelson a John Dillinger

¡Olvídalo y pillá la pasta!
—John Dillinger a ‘Cara de niño’ Nelson

Adiós, campos felices
de eterno gozo.
Salud, horrores, salud.
—John Milton, *Paraíso perdido*

La vida es una mierda y luego te mueres. Esa, en esencia, es mi filosofía, y esta mañana se vio confirmada.

—Señor O'Brien, es mejor que tome asiento.

Aquello no sonaba bien. Tampoco era un buen indicativo que estuviéramos en su oficina en lugar de en la consulta. Me encogí de hombros.

—No importa. Me quedaré de pie.

Su título de Medicina colgaba de la pared, encuadrado en un marco de aspecto caro. Me concentré en él y me pregunté cuánto costaría asistir a la facultad de Medicina. ¿Cuánto dinero ganaría? Imagino que más de lo que yo conseguía en la fundición.

Se aclaró la garganta y miró hacia la mesa, y luego me volvió a mirar a mí.

—Señor O'Brien...

Aquí viene. Tengo el colesterol por las nubes. Tengo que dejar de fumar, de beber y de comer filetes con patatas cocidas cubiertas de mantequilla y bechamel, o moriré antes de los treinta.

—... tiene cáncer.

No dije nada. No podía decir nada, aunque hubiera querido. Se me hizo un enorme nudo en la garganta, que empeoraba según el médico continuaba hablando. Las orejas se me incendiaron y los oídos comenzaron a pitarme. Algo se me revolvió en lo más profundo del estómago, algo

que me provocó náuseas y un miedo atroz al mismo tiempo. El doctor pareció encoger y agrandarse ante mis ojos, y su voz retumbó por toda la oficina. Todo empezó a girar y me mareé, como si me hubiera levantado muy rápido.

—He estado hablando con varios compañeros, todos especializados en la materia. Coinciden en el diagnóstico. El cáncer se está extendiendo por toda la garganta, en particular por su esófago, además de por la mandíbula, el pecho y los pulmones. Ha invadido también los nodos linfáticos. Por eso muestra esos bultos bajo las axilas. Peor aún, la enfermedad se está desarrollando a una velocidad alarmante. Es lo que llamamos un «grado cuatro»: muy grave y extremadamente agresivo.

Lo miré y luego decidí sentarme. Si no lo hubiera hecho, me habría derrumbado. Las piernas se me antojaban espagueti. Fuera, escuché el sonido de teclas que hacía la recepcionista al trabajar en el ordenador. Sonaban muy fuerte en aquel silencio.

—Cáncer. Menuda mierda.

—Sí.

—No es nada bueno.

—No.

Se agarró una mano con la otra, suspiró y esperó a que yo hablara.

Me estaba costando horrores. El miedo daba patadas en mi interior, hacía que las tripas retumbaran como un refuerzo de graves.

—Así que... ¿me van a hacer uno de esos agujeros en el cuello? ¿Como los que hacen en las traqueotomías esas? ¿Necesitaré un cacharro como el de Ned en *South Park*?

—Señor O'Brien... Tommy. Entiendo que esté conmocionado, pero tengo que asegurarme de que me comprende.

Se quitó las gafas, se frotó la frente y suspiró una vez más. Luego volvió a ponérselas, colocó las manos sobre el escritorio y me miró. Conocía esa mirada. Era algo así como «no estoy de coña».

—Su cáncer se encuentra en una fase muy avanzada. A estas alturas, la quimioterapia y el tratamiento de las lesiones de garganta serían inefectivos, como también lo sería la extirpación de los tumores y la terapia de esteroides. Para ser francos, incluso dudaría si proceder a la exploración de los brotes. Como le he dicho, un tumor de grado cuatro es muy agresivo, y usted ha desarrollado varios. Decenas, de hecho. Para ser honesto, nunca antes había visto una cosa igual. Me temo que su cáncer es terminal. Lo siento, Tommy, lo siento mucho. Tiene mis más profundas condolencias. De haberlo detectado antes...—Se encogió de hombros y su mirada se perdió sobre el papel de la mesa.

—Mierda —repetí—. Terminal. Jo. —De nuevo sentí como si alguien me hubiera atizado en el estómago.

Tras un momento, el doctor volvió a la vida.

—Lo que no entiendo es por qué no vino a la consulta al advertir los primeros síntomas.

—No tengo seguro médico, doctor. La fundición nos contrata por menos de treinta y cinco horas a la semana para no verse obligada a pagarlo. Eso es lo que dice la ley. Y mi esposa trabaja a tiempo parcial en el Minit-Mart de Eisenhower con la calle Carlisle. Tampoco tiene seguro.

El doctor asintió y volvió a guardar silencio.

—¿No puede sajarlos? Digo los tumores.

—Sería inútil, Tommy. Las posibilidades de éxito son muy bajas, y la cirugía muy agresiva. El cáncer se ha extendido con mucha rapidez por el resto de su cuerpo. Su esófago... no está en las mejores condiciones. Los tumores de su mandíbula han extendido zarcillos por el cerebro,

como raíces, para que me entienda mejor. Esa es la explicación de los dolores de cabeza. Varios de los brotes se han fundido con la columna vertebral. No hay manera de eliminarlos todos, y aunque lo consiguiéramos, acabaría terriblemente desfigurado. Tendríamos que quitarle tanto la mandíbula como la nariz. Sí, se podría hacer uso de prótesis, pero son muy caras. —Seguía con la mirada fija en el papel, mientras jugaba con un bolígrafo.

Me dijo más cosas, pero no las escuché. El doctor me mostró folletos que pretendió que yo comprendiera. Aunque él ya sabía de antemano las respuestas, me volvió a preguntar si fumaba (sí lo hacía), si bebía (solo unos pocos días durante la semana: el viernes por la noche después del trabajo y en los fines de semana), si trabajaba cerca de un foco de radiación (no, solo cerca de desechos de la fundición y de acero fundido), el historial médico familiar (mi madre tuvo cáncer de pecho) o si mi padre había sido expuesto al agente naranja en Vietnam (mi padre estuvo en Vietnam, pero volvió a casa convertido en un alcohólico). Asintió mientras le confirmaba cada cuestión.

El doctor me prescribió un par de medicamentos para evitar las náuseas y mitigar el dolor, garabateó algo en un papel (aunque no le prestaba atención y lo cierto es que no comprendí para qué era) y me pidió que volviera en unos días para que pudiéramos discutir algunas cosas.

—¿Qué clase de cosas? ¿Qué hay que discutir?

Me explicó la diferencia entre la estancia en una clínica privada y un hospital público, y me aseguró que tendría que tomar decisiones complicadas. Él me ayudaría con ello.

—¿La cita me va a costar dinero? Porque hasta dentro de dos semanas no me pagan.

—Bueno... —aquello pareció desconcertarlo—. Estoy seguro de que lograremos arreglarlo, señor O'Brien.

En cuanto se enteró de que no iba a sacar otros treinta pavos por otra visita, volvía a ser el señor O'Brien.

—Claro que conozco las diferencias entre los hospitales y las clínicas, doctor. Los hospitales te dan por el culo. Los hospicios tratan de que te sientas cómodo, y luego te dan por el culo.

—Señor O'Brien...

—Solo dígame cuánto tiempo me queda.

—Tommy...

—Maldita sea, ¿cuánto tiempo?

Fuera, la recepcionista dejó de teclear. La oficina quedó sumida en el silencio, hasta tal punto que fui capaz de escuchar el latido de mi corazón, que resonaba como el bajo en mi canción favorita de *Snoop Dog*.

—Bueno, es difícil saberlo con exactitud, señor O'Brien, pero diría que, de manera aproximada, le queda un mes de vida. Tres, como mucho.

Eso era lo que quería saber. Me acompañó hasta la puerta.

En la calle el sol brillaba, y agradecí la tibieza contra mi rostro. Olía la madre selva que crecía sobre el edificio. Un pájaro revoloteó por el aparcamiento que había enfrente. Otros piaban y se cantaban los unos a los otros entre los árboles. Un mosquito, el primero que veía esta primavera, me zumbó al lado del oído. Resistí el impulso de aplastarlo, así se marcharía a molestar a otro.

El invierno había llegado y se había ido, y ahora era el tiempo de la primavera. La estación de la renovación. Ese tiempo mágico del año en el que la madre naturaleza se quita la ropa, se pone un tanga y grita: «¡fiesta!».

Todo volvía a la vida mientras que yo estaba muriendo.
Terminal.

Entonces las rodillas cedieron, y todo se volvió oscuro.

No sé cuánto estuve allí tirado. Tal vez un minuto, pero me dio la impresión de que fue más. Nadie se dio cuenta, así que tampoco pudo ser tanto. Pasé la mano por el pavimento y limpié la sangre de mis vaqueros anchos.

El camión no quería arrancar. Se limitó a toser, justo como yo lo había estado haciendo. Acabé por abrir el capó y golpear el motor de arranque con un martillo. Por fin se encendió. El botón de encendido de mi radio estaba roto, así que le había metido un palillo de dientes a modo de cuña y lo había sujetado con cinta aislante para evitar que se apagara. Cuando el motor exhaló y resopló, la radio volvió a la vida. Howard Stern entrevistaba a un enano. Pensé en todos los tipos a los que había escuchado llamar a Stern durante el curso de los años, tipos que estaban muriéndose a causa del cáncer y querían que él cumpliera sus últimos deseos..., que solían reducirse a acostarse con alguna estrella del porno.

Mi deseo era que esto no fuera más que un sueño. No era real, ¿verdad? Tal vez el doctor se equivocara.

Mis manos empezaron a temblar y todo comenzó a girar a mi alrededor. La voz de Howard se fue amortiguando, como si se alejara por un túnel muy largo. Cerré los ojos e inspiré profundamente un par de veces, hasta que se me pasó.

No tenía muchas ganas de reírme, así que quité a Howard y puse *The Eminem Show* de Eminem. El bajo, muy fuerte, empeoró el dolor de cabeza. Eminem *rapeaba* preguntándose si, en caso de morir mañana, la gente que quedara atrás se sentiría compungida o si le importaría siquiera.

Apagué la radio y conduje en silencio.

No iba a volver al trabajo, pero tampoco podría ir a casa. Las manos no dejaban de temblarme. Me paré en una gasolinera, compré un paquete de cigarrillos y encendí

uno. Aspiré y saboreé el humo. La nicotina me recorrió las venas y todo volvió a ir bien. Las manos dejaron de temblar. El dolor de cabeza remitió. Estaba despierto y alerta. Me sentí vivo.

Vivo. Al menos por ahora.

Así fue como todo empezó. Lo que vino después (John y Sherm, Murphy's Place, el plan, Wallace y su gente, el robo, la toma de rehenes, el maldito baño de sangre) comenzó con ese viaje hasta la consulta. Ni siquiera quería ir. Michelle me obligó cuando los dolores de cabeza empeoraron. Quizá si no hubiera ido, nada de esto hubiera pasado.

Pero lo hizo. Todo: el banco, los rehenes, Sheila y Benjy. Sobre todo Benjy. Sobre todo él...

Así fue como empezó.

Dame otro cigarrillo y te contaré lo que ocurrió después.

Como acabo de decir, no podía volver al trabajo, pero tampoco a casa. Michelle salía del Minit-Mart a las dos, y a esta hora ya habría recogido a T. J. de la guardería. Me estarían esperando y me haría preguntas. Preguntas que no estaba seguro de cómo responder.

En lugar de volver a nuestra chabola, conduje por la ciudad en modo piloto automático: vagando sin rumbo por las calles y callejones. Había crecido y vivido aquí, y por lo que parecía, también iba a morir aquí, y me conocía todo al dedillo.

Tras un rato, volví a probar suerte con la radio. Pink estaba a punto de empezar la fiesta. La apagué de nuevo. La radio era una mierda últimamente, solo se salvaba Howard Stern. Tarde o temprano se largaría, y entonces no sé qué cojones iba a escuchar la gente. Busqué *The Chronic*, del Dr. Dre. Música ambiental perfecta. Mantuve bajo el volumen y reduje los bajos para evitar que el dolor de cabeza se resintiera.

Terminé por llegar al campo de caravanas donde había crecido. La vieja carraca en la que había vivido con mis padres no se encontraba en su mejor momento. El dueño se la estaba alquilando a un grupo de inmigrantes de México que se dedicaban a recoger manzanas en el campo de Fawn Grove. Debía de haber unos veinte viviendo allí, ni siquiera era capaz de imaginarme cómo vivían todos bajo el mismo

techo. A mí ya me parecía lleno cuando vivíamos tres, antes de que papá se marchara.

Mi nombre es Thomas William O'Brien, pero todo el mundo me llama Tommy. Todo el mundo menos mi viejo, que no me llama en absoluto, y mi madre, que me llama «gilipollas», «pequeño chupapollas» y «mierda descerebrada». Era basura blanca, y lo admito. Por aquí no es que haya muchas más opciones. Todo el mundo en la ciudad es basura, y todo el mundo es pobre. La única diferencia es el color de la piel, lo que conducen y si escuchan *metal*, *rap*, o música *country*. Si vives en los suburbios, entonces tienes alguna posibilidad, pero aquí en la ciudad siempre es la misma historia.

Antes Hanover era un lugar agradable. Pero cuando el trabajo comenzó a escasear, cambió. Primero perdimos la fábrica de tabaco, luego la planta de empaquetado y, por último, hasta el centro de reciclaje. La fábrica de zapatos se marchó a México y la de papel se reubicó en Carolina del Norte. Luego el centro comercial, después de que las grandes cadenas de tiendas plegaran velas. Por último, nos quedamos solo con la fundición y no mucho más. Si eras bueno con la llave inglesa podías pillar trabajo en uno de los garajes o talleres. Si querías ser teleoperador, tampoco tendrías problema. Pero la mayoría de la gente tenía que elegir entre salir de la ciudad o quedarse para trabajar en la fundición o en otro trabajo con un sueldo de mierda. Incluso largarte no te aseguraba nada. Parecía que el resto del país comenzaba a estar tan jodido como aquí.

Antes, la ciudad bullía de vida. Ahora, fantasmas industriales acechaban en cada calle y esquina. Los esqueletos de las fábricas muertas se deterioraban a cada día que pasaba, y solo servían para proporcionar refugio a los sin techo y a las ratas. Los edificios abandonados resultaban deprimentes y hedían a desesperanza y desaliento.

Me recordaban a mi padre. Él hedía a lo mismo.

Mi viejo fue un padre horrible. Un borracho. Trabajaba en el turno de noche de la fundición y luego se recorría los bares con borrachos del tercer turno como él. Bebía todas las mañanas desde las seis hasta el mediodía, luego volvía a casa y nos golpeaba a mi madre y a mí hasta que se iba a dormir. Entonces se levantaba y volvía a comenzar el ciclo. Odiaba a ese hijo de puta. Uno de mis recuerdos más antiguos de él es cuando le mordí la pierna para llamar su atención y él me pateó por todo el suelo de la cocina. Eso resume bastante bien el talante de nuestra relación.

Murió cuando yo tenía siete años. Se largó de la ciudad con una camarera del VFW y, dos días después, a su coche lo arrolló el tren en Westminster. Murieron los dos en el acto. Recuerdo que me sentí mal por no entristecerme lo más mínimo. No hubo lágrimas, aunque la gente que salía en las telenovelas que veía mi madre siempre lloraba cuando alguien moría. Pero no lloré por él, ni entonces ni nunca.

Mamá no trabajaba, así que sobrevivíamos con los vales de la beneficencia, el queso del gobierno (con el que se hacen los mejores sándwiches de queso del mundo) y los cheques que le daba el puñado de novios que tenía. Camioneros, en su mayoría. Algunos eran gilipollas. Otros no. Me caía bien uno en concreto; lo llamábamos Pete el Cenagoso porque era de Misisipí. Solía traerme tebeos tras sus largos trayectos por todo el país, y me enseñó a jugar al béisbol y a pescar. Me molesté mucho cuando mamá le dio boletto y se lió con un transportista de cemento al que le faltaban los piños de delante. Estuve sin hablarle durante una semana, y para vengarme, rompí la ventana grande de la caravana con un bate de béisbol. Me calentó el culo por ello.

Cuando cumplí los dieciséis, mamá desarrolló cáncer de pecho. Murió a mitad del tratamiento. Pero no fueron

ni el cáncer ni los tratamientos los que acabaron con ella. Fue uno de sus novios. El tipo la pilló bailando en el bar con otro hombre. La esperó a la salida, y cuando ella y su nuevo amigo volvían tambaleándose, borrachos como cubas y riéndose a mandíbula batiente, disparó a ambos. A mamá la alcanzó en el estómago y no murió de inmediato, por eso le disparó de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo. Luego se pegó un tiro él mismo. Se metió en la boca aquella polla metálica y se voló los sesos cuando los polis lo tenían rodeado.

Aquella vez sí lloré. Lloré un montón. Después del funeral, me fui a vivir con mi amigo John y sus padres hasta que nos graduamos, ya que mis abuelos llevaban mucho tiempo muertos y no tenía ni tías ni tíos.

Mientras estaba perdido en mis pensamientos, el palillo de dientes se cayó al suelo. Me incliné y lo busqué, palpando con la mano; estuve a punto de estamparme contra una cabina de teléfono. Hubiera sido irónico morir así. En cierta forma, habría sido parecido a lo que le sucedió a mi madre. Pero me desvié a tiempo, encontré el palillo y lo coloqué una vez más en su lugar.

Conduje hasta mi antiguo instituto y me detuve un momento por detrás del gimnasio. Me vi a mí mismo, con dieciséis años y ganduleando por allí, haciendo pellas, fumando cigarrillos y vendiendo costo a los deportistas y los chavales de la National Honor Society. John solía estar allí conmigo. Nos conocíamos desde el primer curso, habíamos crecido juntos y nos habíamos metido en líos juntos. Ahora ambos, junto con nuestro amigo Sherm, trabajábamos en el mismo sitio y nos emborrachábamos en el mismo sitio, Murphy's Place, los viernes por la noche.

Cáncer. Cáncer terminal. Desarrollándose a una velocidad alarmante. Un mes de vida, lo más seguro...

Tenía que decírselo a John. Debía cuidar de Michelle y T. J. por mí.

Eché otro vistazo a la escuela. Ahí fue donde conocí a Michelle. Donde comenzamos a salir. ¿Cómo iba a decírselo? No podía. No había forma. La destruiría.

Sustituí al Dr. Dre por Tupac y continué por la carretera.

Aplasté un cigarro contra el cenicero, tosí, advertí que algo se desprendía en mi garganta, lo escupí en la mano y miré. Mi palma chorreaba con sangre y saliva. Nada nuevo: llevaba pasando desde hacía unas cuantas semanas. Pero ahora sabía la razón. Antes había pensado que se trataba de una infección nasal. Mucha gente de la fundición la contraía a causa del polvo desprendido en el trabajo.

Me limpié la mano en los pantalones mientras pasaba al lado del restaurante italiano Genova. Hacían los mejores sándwiches italianos de todo el puto mundo: panecillos frescos con carne, queso y verdura. Lo echaría de menos. Iba a echar de menos muchas cosas.

De vuelta a la ciudad, me fijé en la gran colina por la que John y yo solíamos deslizarnos ladera abajo todos los inviernos cuando éramos niños. Pasé por el quiosco donde había trabajado por vez primera durante el verano, repartiendo los periódicos semanales (los tiraba todos al vertedero de detrás de la lavandería y luego iba a que el dueño del quiosco me pagara. Tardó tres semanas en pillarme). Pasé por la bolera del callejón, donde Michelle y yo íbamos a veces, cuando lográbamos que una niñera se ocupara de Tommy Junior (todavía no te he hablado mucho de T. J., pero lo haré. Es solo que me duele hacerlo, ¿vale?). Pasé por el Fire Hall, donde celebramos nuestro banquete de bodas. Pasé por el cine donde aún echaban *The Rocky Horror*

Picture Show la medianoche de los sábados. Pasé el centro comercial y los restaurantes de comida rápida.

Pasé por mi mundo entero. Mi existencia al completo. El lugar que había conocido durante veinticinco años.

No era mucho, pero me gustaba. No me había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que me gustaba. Quiero decir que odiaba esta ciudad de mierda; el olor de la fundición flotaba sobre todo, y la suciedad que venía de la misma fábrica impregnaba los coches. La gente parecía derrotada. Como si estuvieran cansados y acabados del todo. No deseaban una vida mejor porque desconocían que fuera posible. Solo sabían de impuestos, intereses de demora, avisos de suspensión de servicios por impago y subsidios por los niños. La ciudad estaba llena de capillas y templos. Elige el que más te guste: católico, episcopaliano, judío, metodista, luterano, presbiteriano, baptista, hasta mormón. Pero a pesar de todas estas posibilidades de culto, la ciudad carecía de fe. No creía en nada. La única cosa en que sí creía era en que, sin importar lo mal que fueran las cosas, siempre había algo mucho peor acechando a la vuelta de la esquina. Tengo que admitir que yo pensaba lo mismo. Lo llamaba mi «teoría de la gravedad»: por mucho que te esfuerces en huir, la gravedad está ahí para traer tu culo de vuelta y reducirte a pedazos.

Todo iba cuesta abajo: los edificios, la gente, los coches. Todo. Pero, aun así, lo amaba. Amaba aquello.

Salí de la ciudad, tomé la carretera de Dogtown y conduje a través de los bosques hasta la cima de la Colina. La llamábamos así porque desde allí podías ver la ciudad entera. Aparqué, apagué el motor de la camioneta y me senté sin más a observar. Siempre había querido conocer más mundo, pero nunca había tenido la oportunidad. Ahora ya nunca lo haría. Este era mi mundo, esta ciudad, estos

bosques y campos. Eran mi mundo, y no por mucho más tiempo.

Michelle y yo siempre hablábamos de irnos de vacaciones; algún sitio a un día de camino; tal vez un viaje a Washington para ver la Casa Blanca y que T. J. se quedara flipado con los huesos de dinosaurio del Smithsonian, o tal vez pasarnos por Baltimore para visitar el Inner Harbor y llevar a T. J. al National Aquarium. Nunca tuvimos el dinero suficiente para hacerlo, y aunque lo tuviéramos, la fundición me pagaba al final del año los días de vacaciones que no hubiera disfrutado..., y ese dinero venía muy bien. Deseé haber ido, haber visitado los museos y espectáculos. Me imaginé levantando a T. J. para que viera los tiburones del acuario, o tomando por la cintura a Michelle mientras contemplábamos el Capitolio de la nación por la noche, desde el balcón del hotel, con las luces como únicas compañeras. A ella le gustaban las mierdas esas románticas, y si soy sincero, a mí también (aunque nunca lo admitiría delante de John o Sherm. Sobre todo de Sherm).

Otro dolor de cabeza me atenazó, tan fuerte que me dolieron hasta los dientes. Hice crujir las articulaciones del cuello y con los dedos masajee las sienas, pero el dolor se negó a marcharse. Resignado, salí de la camioneta y me erguí en la cresta de la colina; luego di un par de pasos hasta quedarme justo al borde, y observé en silencio el mundo que se extendía bajo mí. Una brisa acarició las hojas que pendían sobre mi cabeza y luego el aire frío me recorrió la piel. Me sentía bien. Me sentía de puta madre. No quería que terminara... Anhelaba que el viento soplara así para siempre. Echaría de menos la brisa. No podía describirlo. Era como una de esas cosas que todos damos por hecho, ¿sabes? Nunca pensamos en el aire que respiramos ni en cómo lo respiramos. Nuestros pulmones curran las veinticuatro

horas de los siete días de la semana sin que los obliguemos de forma consciente.

Pero la brisa nunca muere, ¿verdad? Sigue moviéndose y moviéndose, no como nosotros. Tarde o temprano, nosotros nos dejamos de mover.

Miré las copas de los árboles mecerse al compás del viento. Las hojas eran nuevas y verdes. Pocos meses atrás, el paisaje se limitaba al blanco y marrón, y todo estaba seco. Ahora la nieve se había marchado y el campo había despertado. Un diente de león crecía a mis pies; la cosa más bonita que jamás había visto. Sin pensar, lo arranqué del suelo y me lo acerqué a la nariz. Lo maté. Durante un segundo, me sentí culpable. No era capaz de oler su fragancia, así que lo dejé escurrir entre los dedos.

Cuando era un niño, uno de los novios de mi madre era fan de los Iron Maiden. Los escuchaba a todas horas mientras trabajaba en su coche, o los ponía en casa sin parar. Siendo yo como era un fan del *hip-hop*, nunca me gustó el *heavy metal*, pero en ese momento recordé un fragmento: «tan pronto como naces empiezas a morir». No había entendido aquello en su momento, y él me explicó que desde el mismo instante en que nacemos, nuestras células empiezan a deteriorarse, con lo que se iniciaba nuestra muerte. El proceso continuaría durante toda nuestra vida. De hecho, seguía su curso mientras yo estaba allí de pie en la colina, aunque en mi caso las células buenas estaban muriendo y las células malas se reproducían; se reproducían a una velocidad alarmante, si hacíamos caso al doctor.

Eché un vistazo al suelo. Michelle y yo habíamos hecho el amor en aquel mismo sitio cuando íbamos al instituto. Habíamos dejado de ir a la Colina después de casarnos, pero

a veces bromeábamos sobre pasarnos por aquí, solo para recordar los viejos tiempos. Ahora ya no podríamos.

Aquella revelación me golpeó con la fuerza de un avión que se estrella contra el suelo. Caí de rodillas.

En breve no volvería a sentir el viento entre mi pelo ni ver las hojas verdes brotar ni florecer el diente de león. Dejaría de sentir el sol y dejaría de ver las nubes flotar sobre mi cabeza. Nunca iría de nuevo a las reuniones de antiguos alumnos ni volvería a reírme de los cabezas huecas de la National Honor Society a quienes había vendido hierba, los mismos que ahora curraban en restaurantes de comida rápida, o vendían coches de segunda mano. Michelle y yo nunca nos iríamos de vacaciones, ni tampoco a la bolera, y John y Sherm irían sin mí a Murphy's Place los viernes por las noches, y mi jefe tendría que encontrar a alguien más que se encargara de la máquina de vaciado número dos en la fundición, porque yo no iba a poder hacerlo mucho más tiempo. Tampoco estaría allí entre ocho y diez horas diarias, sobresaltándome cada vez que una pieza caliente de metal aterrizaba en mi brazo, ni me limpiaría nunca más el polvo de la fundición que se adhería a los dientes y a las orejas, ni volvería a frotarme los talones porque me dolían por pasar tanto tiempo de pie; y hasta eso echaría de menos, porque significaría que seguía vivo.

Ya podía olvidarme de ver la nueva peli de los *X-Men* o a los Orioles llegar a las World Series o a los Steelers llegar a la Super Bowl y patear unos cuantos culos. Me iba a quedar sin saber lo que pasaría en la siguiente temporada de 24 y sin oír el nuevo disco de los Wu Tang Clan. Nunca llevaría a T.J. a la misma colina por la que John y yo nos habíamos lanzado como cohetes. Nunca sabría lo que Michelle me iba a comprar por mi cumpleaños este año, porque ya no habría más cumpleaños, ni aniversarios ni navidades, porque no,

Virginia, no hay ningún puto Santa Claus, y si lo hubiera, la única cosa que ese gordo cabrón dejaría en mi calcetín sería una tonelada de carbón, con la forma de un tumor que no dejaría de crecer a una velocidad alarmante.

Tosí más sangre y me levanté. Estaba asustado, y las manos me temblaban tanto que a duras penas logré encender un cigarrillo. Pero al final lo conseguí. La nicotina invadió mi cuerpo, dándome la misma energía que si hubiera sido carburante para cohetes.

Ya nunca podría quedarme en la puerta del dormitorio de T.J. para ver cómo dormía, emocionado por la intensidad del amor que sentía por él. No agarraría a mi esposa mientras dormía a mi lado, ni volvería a sentir su pelo acariciarme, ni olería su aliento ni sentiría su calor bajo las sábanas. Nunca los oiría de nuevo decir lo mucho que me querían, y yo tampoco se lo diría a ellos. En ese momento, deseé decíselo.

Volví a la camioneta, conduje hasta el cementerio y visité la tumba de mi madre al otro lado de la ciudad. Habían pasado años desde la última vez que estuve aquí, y me llevó su tiempo encontrar la tumba porque no recordaba con exactitud dónde estaba. No había flores ni chorradas de esas; solo maleza marrón que cubría la piedra.

—Hola, mamá.

Advertí que el viento había dejado de soplar.

Me quedé allí de pie durante mucho tiempo, fumando y pensando, y muriendo. Le hablé a mamá, pero ella no me respondió. Igual que cuando estaba viva.

Después de un rato, volví a la camioneta y marché a casa.